

PAUL J. VANDERWOOD, *Juan Soldado: violador, asesino, mártir y santo*, traducción de Victoria Schussheim, San Luis Potosí, México, El Colegio de San Luis, El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de Michoacán, 2008, 344 pp. ISBN 978-607-7601-05-0

Entonces empezaron a aparecer en la tumba y en el sitio de la muerte del joven soldado fenómenos extraordinarios, llamados comúnmente señales.

Paul J. Vanderwood

Hay historias que nos detallan la existencia de un personaje. Son historias que acuden a la realidad o a la ficción; o incluso que yuxtaponen ambas. Al ser escritas trascienden. Así es como permanecen los acontecimientos que dibujan las diversas líneas del tiempo y que nos toca atestiguar. En una ocasión, en casa, alguien mencionó: “La tía Francisca incluía entre sus plegarias a Juan Soldado, por los hijos que viven lejos, por los que ya no están [...]”.

El oxímoron que distingue al título de esta obra nos sugiere la historia de una inverosímil transición. Pareciera que los cuatro adjetivos se refieren a sendos sujetos, pero Juan Castillo Morales fue todo aquello, incluso –ahora– puede ser todos a la vez.

El relato del recién fallecido Paul J. Vanderwood sobre Juan Soldado toma a la investigación documental como el instrumento que nos acerca a este personaje y a todo el entorno que lo define. Con tres capítulos, el autor nos permite conocerlo y paralelamente idealizarlo: Vanderwood nos habla del origen de la devoción por Juan Soldado; de sus detractores y sus devotos; de las analogías con otros sujetos que emergen de la religión popular y de las ideas atomizadas que día a día florecen a partir de un hecho real que deviene en mito. El texto nos muestra el espacio que un singular joven militar ocupa en la cultura de la frontera noroeste de México.

Vanderwood posee un estilo que se aproxima más al desarrollo de una novela que al producto derivado del rigor metodológico.

Identificado como un notable investigador de hechos, regiones y grupos sociales de la historia de nuestro país, el escritor nos invita a tomar el libro y, desde sus primeras líneas, nos conquista con su narrativa. El autor delinea pasajes capaces de estremecernos: líneas que describen tanto actos inhumanos y catastróficos, como hechos de intensa religiosidad; todo sin perder el anclaje de la evidencia basada en entrevistas, documentos de archivo, artículos de periódicos, mapas y fotografías, entre otros. Con referencias que provienen de una amplísima diversidad de fuentes publicadas, el autor alcanza un rico equilibrio; cruza enunciados propios de una leyenda con aquellos que corresponden al relato de un metódico investigador.

Originalmente publicado en inglés, *Juan Soldado* (Durham: Duke University Press Books, 2004), iba dirigido al público estadounidense. La primera edición tiene una portada y –en general– un diseño más atractivo. No obstante, se asoma entre las páginas de esta versión un aspecto incómodo: las notas al calce se encuentran al final del texto. Esto debe representar una pena para el lector anglosajón, pues las notas aclaran muchos de los argumentos de Vanderwood; dicha incomodidad fue subsanada en la obra publicada en español. De este modo, en esta segunda versión, se le permite al lector seguir una historia transversal e imaginar cómo es que un historiador en la faceta de etnógrafo, recogió su información; cómo se dieron sus hallazgos en determinados (e inverosímiles) lugares; cómo se celebraron los encuentros –directos o indirectos– con los personajes que nos presenta. Por otro lado, en la edición impresa en México (producto de la colaboración de tres reconocidas instituciones de altos estudios en nuestro país) permanecieron precisiones culturales y de otra índole que iban dirigidas al público estadounidense y que resultan innecesarias para un lector nacional. Desafortunadamente, la traductora no escribió nota alguna sobre las dificultades que enfrentó al trabajar en esta obra ni nos compartió si Paul J. Vanderwood revisó la versión final.

En *Juan Soldado*, el autor cita textos de investigadores académicos pero también de historiadores aficionados y oficialistas: así fundamenta los esbozos que nos ofrece de la ciudad de Tijuana y de su historia; pero igualmente nos comparte las impresiones que le comunicaron quienes cohabitaron el suelo en el que se desarrolló la escena trágica en la que alguien violó y asesinó a una niña de ocho años y un jurado militar culpó de los hechos –al parecer con demasiada premura e insuficiente evidencia– a Juan Castillo Morales. Olga, la pequeña víctima, el retoño ultrajado de los Camacho, pierde protagonismo en el relato ante el presunto asesino (tal como en la vida real) para cedérselo luego, fluida y cándidamente, a un nuevo santo.

Mientras que la fuerza de las imágenes de Vanderwood le confieren veracidad a su escritura, ciertos enunciados impregnan a su trabajo un tono enigmático o ambiguo: “Dicen que Juan era un buen chico, pero quién sabe” (p. 294). El cuerpo del texto, las citas, los mapas y las ilustraciones conforman una suerte de capas que se van sobreponiendo y sugieren que una muerte originó la historia y que esa historia nos acerca a una ciudad. Así, Vanderwood ilustra los ambientes y los hechos con la sapiencia de un cronista y con la precisión de un cartógrafo, y permite que quienes lean su texto terminen de edificar dichos ambientes: de imaginarlos, de conocerlos y vivirlos.

La obra tiene una estructura narrativa no del todo lineal; al inicio Vanderwood esboza al personaje y su ambiente más inmediato: un protagonista cuyo umbral está centrado en la muerte, el dolor, la angustia y la impotencia reinantes en ese paisaje tan lleno de contrastes que llamamos Tijuana. Los hechos ocurrieron entre bastidores, en un espacio que desconocía el turismo inclinado a los excesos. En el primer capítulo, el autor nos traslada de la crónica de un crimen a los nacientes indicios de una devoción; en el transcurso de los acontecimientos (el cual se ciñe a los días más inmediatos) Vanderwood alarga las jornadas para intensificar el suspenso de su relato.

Posteriormente, tras precisar para nosotros el aparente protagonismo de Juan Castillo Morales en el asesinato de Olga Camacho, el autor nos lleva a un segundo capítulo que reconstruye exhaustivamente el lugar de los hechos; de esta manera conocemos las circunstancias que nos permiten apreciar esta historia. En trayectorias que nos desplazan y nos retornan de aquel remoto pasado de la península de Baja California, a la caótica urbe fronteriza de nuestros días, descubrimos una crónica auténtica de la tierra que da vida a la leyenda de Juan Soldado. La obra de este historiador estadounidense estaría excedida en aspectos contextuales o se consideraría profusa en sus antecedentes sólo para quien espere que la totalidad del libro se centre exclusivamente en el suceso, en sus personajes, en sus más estrechas andanzas y sus más contiguos territorios. Sin embargo, difícilmente conoceríamos mejor todo lo que gira en torno a este particular hecho, motor de la fe, si no fuera por el contacto con el virtuoso despliegue de situaciones que Vanderwood reúne en lo que figura como un auténtico libro de historia. En sus páginas expone así la génesis de la localidad fronteriza más transitada del mundo. Es aquí donde encontraremos respuesta a la pregunta de cómo un pueblo inventa a un santo; qué realidades preceden a esta invención. Ante una obra tan elocuente y atractiva en su lectura –al igual que comprometida con las normas que definen a una investigación completa desde muy diversas perspectivas– se puede excusar la escasez de ilustraciones: este segundo capítulo, por ejemplo, prescinde de mapas y fotografías que guiarían a un neófito ávido de conocer el México posrevolucionario.

Finalmente, Vanderwood expone las derivaciones místicas de una muerte –para algunos– injusta. En su capítulo concluyente el autor teje historias análogas de otros santos que nacieron en las esferas populares y que expresan un culto medianamente inscrito en el catolicismo pero que, a su vez, éste no valida. El Tiradito, Jesús Malverde y Juan Soldado van trazando, junto con una

red creciente de “santos populares”, a personajes cuyo anverso nos remite al delito, a la infidelidad y a la muerte: todos ellos montados –por la fragilidad de lo humano– en el andamio de la incertidumbre. Aun así, el libro no borra la sutil línea entre lo inasible y lo asimilable; lo que resulta manifiesto es que Juan Soldado es cultura objetivada; parte del capital de una urbe fronteriza. Vanderwood afirma de Juan Soldado que “no les pertenece sólo a los seguidores que le reverencian. Se ha asociado también con la ciudad secular en su conjunto; es parte vital de la historia de Tijuana, y así se le reconoce. Como soldado raso, también representa a la nación. Además, es objeto de atención creciente de los medios de comunicación y de las artes, y objeto de investigación académica” (p. 302).

Alejandro J. Peimbert Duarte
Universidad Autónoma de Baja California

CARLOS ILLADES, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano, 2012, 252 pp. ISBN 9786074006537

El historiador Carlos Illades ha dedicado un muy interesante libro a exponer los debates de la izquierda intelectual de los años sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado. Se centra en el análisis de tres revistas, en una de las cuales participé muy activamente. La lectura del libro me ha traído a la mente algunos recuerdos que quiero compartir. En 1965, cuando aparece la revista *Historia y sociedad*, de la que fui jefe de redacción, yo tenía apenas 22 años. Hacía cuatro que había ingresado al Partido Comunista. El año anterior había publicado mi primer libro, fruto de mis estudios de arqueología. Tanto este libro como mi colaboración en el pri-